**DOMINGO IV DE CUARESMA B**

En este cuarto domingo de Cuaresma, la Iglesia nos presenta el diálogo que Jesús tuvo con Nicodemo. El diálogo es un poco más largo que el que escuchamos hoy en el evangelio de Juan. En los versículos anteriores, del capítulo 3, el evangelista nos cuenta que Nicodemo era del grupo de los fariseos, un notable judío que fue de noche a hablar con Jesús. Nicodemo era miembro del Sanedrín, es decir, del consejo religioso más importante de la religión judía. Por lo tanto, al ser tan conocido por el pueblo, y por ser parte del Sanedrín, no quería que nadie se enterara de su cercanía a Jesús. Además, Nicodemo, era uno de los maestros de la Ley y los Profetas; fue uno de los pocos que no acusó a Jesús, sino que lo defendió tratando de evitar que lo condenaran. Y como último dato, ayudó en la sepultura de Jesús, llevando mirra y áloe para su cuerpo. Estos gestos nos dan a entender que algo estaba pasando dentro de su corazón, y sobre todo había preguntas sobre las enseñanzas de Jesús. Una de esas preguntas era ¿cómo se puede nacer de nuevo? Con esta pregunta se entrelaza el diálogo que escuchamos hoy en el evangelio. Un maestro con minúscula se acerca al Maestro con mayúscula. No sabemos si Nicodemo creía que Jesús era realmente el Mesías, pero lo consideraba un maestro que venía de Dios. Justamente en Jn 3,2 dijo*: “Maestro, sabemos que has venido de parte de Dios para enseñar; nadie puede cumplir estos signos que tú hiciste si Dios no está con él”.* Todo este diálogo surge de noche. Es la razón por la cual Jesús también hablará sobre este tema de las obras de la noche y las tinieblas en contraposición a las obras de la luz y la verdad. En síntesis, Jesús hace esta propuesta: creer en Él para tener la Vida eterna.

Ejemplos: hago una obra mala y sé que nadie se va a enterar porque nadie me vio, rompo todas las evidencias y me libero de ser descubierto. Pero, ante Dios, que es la Luz, no hay modo de que lo malo no sea descubierto, porque el mal queda en evidencia ante la presencia imponente del bien. Es como si a una fiesta fueran todos vestidos de blanco, y de repente llega uno vestido de negro: es obvio que no pasará inadvertido.

Otro ejemplo pero contrario al anterior: hago una obra de bien y la hago en silencio, sin ser visto ni reconocido. Pero Dios, ve toda obra buena, porque en realidad es a Él a quien se la hacemos y ofrecemos. Muchísimas veces el bien pasa inadvertido para los hombres, pero no para Dios. Quien hace obras buenas se acerca a la Luz. Quien prefiere las obras del mal, aunque las haga de día, su corazón vive en la noche.

Quien hace obras de bien, ya está creyendo en Jesús aunque no lo sepa o no se dé cuenta. Por lo general decimos que una persona es creyente porque tiene muchas estampitas o imágenes de santos, porque reza el rosario, porque va a misa, porque va a la Iglesia siempre, porque está presente en todas las procesiones, etc. Todo esto es parte de nuestra fe; en realidad son expresiones de nuestra fe, expresiones de lo que creemos. Pero creer significa vivir y morir como Jesús para tener la Vida eterna. Creer en Jesús significa asumir que soy cristiano y vivir como tal.

Un cristiano no puede quejarse porque se le enfrió la comida, cuando hay otros Cristos que no tienen ni la comida ni el plato para comer. Un cristiano no puede tener sus placares llenos de ropa que acumula y renueva todos los años, porque Jesús dijo “vestir al desnudo”. Un cristiano no puede quejarse porque tiene que levantarse para ir a trabajar temprano, cuando hay otros Cristos que viven postrados en sus camas por enfermedades incurables. Un cristiano no puede decir: yo creo en Jesús pero no en la Iglesia, porque en realidad está negando al mismo Jesús que está en ella.

Cuando un cristiano descubra lo que realmente significa su nombre, de a poco se irá dando cuenta de que sus noches se irán transformando en una Luz imposible de ser apagada por los que prefieren la oscuridad.